

Figuras y figuraciones: Paz y Villoro

Edgar Esquivel

A propósito de sor Juana Inés de la Cruz, Octavio Paz y Luis Villoro entablaron un intercambio de ideas que no por breve es menos lúcido. En *sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, libro emblemático del Nobel, y el ensayo alusivo del filósofo, “Octavio Paz: sor Juana y su ‘figura del mundo’”, ambos comparten una interrogante que amplifica el eco antiguo de las costumbres y formalidades de la Nueva España del siglo XVII: la alegoría posible en el destino del intelectual, el personaje que con lucidez, más allá de la forma específica y mutante de su oficio, nos hace conscientes de una realidad pasada y presente para trascenderla.

“La interpretación de Paz —escribe Luis Villoro— nos deja la impresión de un descubrimiento: la situación precisa de una obra dentro de su mundo. La obra de sor Juana refleja su imagen del mundo, da testimonio de sus creencias básicas, pero no se limita a reiterarlas”. Presente en los textos citados está el hecho de que la búsqueda de variantes en el lenguaje infiere, antes que una negación, una afirmación de las cosas, lo que no obsta a que se generen códigos y referencias, explícitas u ocultas, que permitan vislumbrar circunstancias o pasajes amplios de un determinado periodo. Los intelectuales, los artistas, luchan consigo mismos, pero también y sobre todo contra una jerarquía de valores y creencias que niegan o restringen las posibilidades de entendimiento alterno, donde la crítica se convierte en transgresora de límites reconocidos. Menester es atreverse en verso y prosa: la virtud de esos titanes de las letras es evidenciar que las fronteras cognitivas existen por un motivo: atravesarlas.

La obra es un producto que toma distancia del presente mismo del creador o pensador, pero no es una desconexión total y sin sentido, o una pretensión grotesca que sea un pormenor sin más, es un lance para lectores lejanos que le concederán una reencarnación expuesta y sensitiva. Intentar rebasar los cercos no es el juego de un *prestidigitador* verbal, y menos aun tiene cabida en ello el fracaso. El camino de la imaginación desafiante tiene dos vías. Escribe Paz: “El enigma de sor Juana Inés de la Cruz es muchos enigmas: los de la vida y los de la obra.

Es claro que hay una relación entre la vida y la obra del escritor pero esa relación nunca es simple. La vida no explica enteramente la obra y la obra tampoco explica la vida”. Es difícil no situarse en la sociedad. Y la genialidad responde a estímulos distintos a los de la generalidad, imperceptibles o no. De ahí que sea más entendible y justificado que los misterios de sor Juana constituyan, desde la extensa reflexión de Octavio Paz, algo más que el referente de un periodo específico: “me sorprende que el arte de otras épocas, que expresa ideas ajenas a las nuestras, toca temas que ya no pueden conmovernos y exalta mitologías extrañas, siga provocando nuestro fervor y nuestra admiración”.

La Historia como personaje disputa el papel protagónico a quien es dueño de las ideas y los actos, el que, por lo demás, y a diferencia de ella, posee una conciencia de sí: “la obra sobrevive gracias a las interpretaciones de sus lectores. La obra traspasa su propia historia sólo para insertarse en otra historia”, por ello Luis Villoro insiste en que podemos dar razón de un acto creativo no sólo por razones sociales y psíquicas, puesto que lo que él llama la “figura del mundo” (espíritu y gusto de época, según Paz) propicia la condición última para que los signos expresivos sean unos en específico y no otros.

Ventura es que el pensamiento y las ideas sobrevivan a los intelectuales. Tal supone que la materia —reflexión, conocimiento inédito— no proviene ni se sostiene exclusivamente en aquellos que, predispuestos a expresar fuera de sí razón y creación pueden también abrogarse los mensajes entre el deber y el ser. Hay Iglesias que prescinden de dioses únicos: caro ha salido a los hombres anteponer los credos que resultan de un mismo paisaje sin sombras. Y acaso sea señal de los tiempos, pero lo diverso, cuanto más permanece, dignifica y rescata del pozo del olvido los “olmos que dan peras” (el artista). Ya Plutarco previno acerca de sus vidas y obras: “de aquí arriba no hay más que sucesos prodigiosos y trágicos, materia propia de poetas y mitólogos, en la que no se encuentra certeza ni seguridad”. Octavio Paz y Luis Villoro, como sor Juana, pertenecen a ese contexto. Son figuras y figuraciones. **u**